

La piel del asno es muy dura y elástica, por lo cual se emplea útilmente para usos diversos y multiplicados, haciéndose de ella cribas, tambores, muy buenos zapatos, y pergamino recio para hojas en los libros de memoria, poniéndolas una ligera capa de yeso; y tambien se hace con la piel de asno lo que los Orientales llaman *sagri* (1) y nosotros *zapa*. Hay apariencias de que los huesos, igualmente que la piel, del pollino son mas duros tambien que los huesos de los demas animales; pues los antiguos hacian flautas de ellos, y eran mas sonoras que las de otros huesos.

Parece que el asno es entre todos los animales el que, relativamente á su volúmen, puede cargar mayor peso; y siendo tan barato su alimento, además de no exigir, por decirlo así, ningun cuidado, es de grande utilidad en el campo, en el molino, etc., y puede servir tambien para montar, pues todas sus marchas son suaves y tropieza menos que el caballo. En los países donde el terreno es ligero, se les suele poner al arado; y su estiércol es excelente abono para las tierras fuertes y húmedas.

(1) Véase el viaje de Thevenot, tom. II, pág. 64.

EL BUEY (*).

Bos taurus. L.

La superficie de la tierra adornada con su verdor es el fondo inagotable y comun de donde el hombre y los animales sacan su subsistencia. Cuanto tiene vida en la naturaleza se alimenta de lo que vegeta en ella; y los vegetales recíprocamente viven de las ruinas de todo lo que ha vivido y vegetado. Para subsistir es necesario destruir, y solo destruyendo seres pueden los animales nutrirse y multiplicarse. Al criar Dios los primeros individuos de cada especie de animales y de vegetales, no solo dió forma al polvo de la tierra, sino que le hizo viviente y animado, incluyendo en cada individuo una cantidad mayor ó menor de principios

(*) En latin *bos*, *taurus*, *vacca*, *novellus*, *juvencus*, *vitulus*; *βῶς*, *ταῦρος*, etc. de los Griegos; en Cataluña *bou*, *vedell*, etc.; en francés *bœuf*, *taureau*, *vache*, *veau*, *genisse*; en italiano *tauro*, *toro*, *bue*, *bó*, *vacca*, *vitello*, *giovenco*; en alemán *ein rind*, *stier*, *kleine*, *ein kalb*, *das weanlin*; en inglés *ox*, *bull*, *cow*, *calf*.

activos, de moléculas orgánicas vivientes, indestructibles y comunes á todos los seres organizados, las cuales pasan despues de unos cuerpos á otros, sirviendo igualmente para la vida actual y para la continuacion de la vida, para la nutrición y el incremento de cada individuo, hasta que disueltos ya los vínculos de la materia que sostenian á los cuerpos, destruidos estos y reducidos á cenizas, aquellas mismas moléculas orgánicas sobre las cuales ningún dominio puede ejercer la muerte, sobreviven, circulan en el universo, pasan á otros seres y les dan el nutrimento y la vida. Así pues, toda produccion, toda renovacion, todo incremento por la generacion, por la nutrición y por el desarrollo, suponen que debió preceder la destruccion, conversion de sustancia, traslacion de estas moléculas orgánicas que no se multiplican, sino que, subsistiendo siempre en número igual, sostienen siempre á la naturaleza igualmente viviente, á la tierra igualmente poblada, y siempre igualmente resplandeciente de la primera gloria de su Criador.

Tomados, pues, los seres en comun, el total de la cantidad de vida es siempre el mismo; y la muerte, que parece destruirlo todo, nada destruye de esta vida primaria y general á todas las especies de seres organizados. La muerte, así

como todas las demas potencias subordinadas y subalternas, no ataca sino á los individuos, no hiere sino la superficie, no destruye sino la forma, no tiene dominio alguno sobre la materia, y no perjudica en nada á la naturaleza, la cual brilla aun con mas esplendidez, no permitiéndola aniquilar las especies, sino tan solamente esquilmar las individuos y destruirlos con el tiempo, para manifestarse independiente en si misma del tiempo y de la muerte, ejercer á cada instante su potencia siempre activa, manifestar su plenitud por su fecundidad, y hacer del universo por la no interrumpida reproduccion y renovacion de los seres, un teatro siempre ocupado, un espectáculo siempre nuevo.

Por consiguiente, para que los seres se sucedan, es necesario que se destruyan entre sí; para que los animales se nutran y subsistan, es forzoso que destruyan vegetales ú otros animales; y como antes y despues de la destruccion subsiste siempre la misma cantidad de vida, parece deducirse de ahí que debiera ser indiferente para la naturaleza el que esta ó aquella especie fuese mas ó menos destructora: sin embargo, á la manera de una madre económica en el seno mismo de la abundancia, la naturaleza puso límites al gasto, y previno el aparente desperdicio, no dando sino á pocas especies de ani-

males el instinto de alimentarse de carne, y reduciendo aun á número bastante corto de individuos aquellas especies voraces y carniceras, al paso que multiplicó con harta mayor munificencia las especies y los individuos de aquellos que se alimentan de plantas, y que en los vegetales parece ha derramado con largueza excesiva las especies, y usado de profusion con cada una en el número y la fecundidad. Quizás el hombre ha contribuido á favorecer los designios de la naturaleza, y á mantener ó establecer aun este orden en la tierra; por cuanto vuelve á encontrarse en la mar aquella misma indiferencia que suponíamos, en donde casi igualmente voraces, las especies se mantienen unas de otras, devorándose perpetua y reciprocamente sin destruirse nunca, porque la fecundidad es igual allí á la depredacion, y casi todo el nutrimento y el consumo todo redundan en beneficio de la reproduccion.

El hombre, que como dueño sabe usar de su domicilio sobre los animales, ha elegido aquellos cuya carne lisonjea su paladar, los ha hecho esclavos domésticos, los ha multiplicado mas de lo que hubiera hecho la naturaleza, ha formado de ellos rebaños numerosos, y en virtud del cuidado que se toma para hacerlos nacer, parece haber adquirido tambien el derecho de in-

molarlos; empero este derecho ha sido estendido por el mismo mucho mas allá de los límites que le prescribia su necesidad, por cuanto, además de las especies que ha sujetado á su imperio y de que dispone á su antojo, declara guerra tambien á los animales silvestres, á las aves, á los peces; ni se ciñe á los del clima en que habita, sino que peregrina hasta remotos climas y aun hasta enmedio de los mares en busca de nuevos alimentos: de suerte que apenas la naturaleza entera parece suficiente para su gula y la inconstante variedad de sus apetitos. El hombre consume y sepulta por sí solo mas carne de la que devoran todos los animales juntos, y por consiguiente es el mayor destructor, mas bien por abuso, que por necesidad. En vez de gozar moderadamente de los bienes que se le presentan donde quiera, en vez de espendarlos con equidad, de reparar segun destruye, y de renovar cuanto aniquila; el hombre opulento funda toda su gloria en consumir, y su grandeza en desperdiciar diariamente en su mesa mas bienes de los que serian necesarios para hacer subsistir muchas familias; y abusa igualmente de los animales y de los hombres, cuyo resto permanece hambriento, desfalleciendo en la miseria, y trabajando únicamente para satisfacer el apetito inmoderado y la va-

nidad mas insaciable aun de aquel mismo hombre que, destruyendo á los otros con la escasez, se destruye á sí mismo con los excesos.

El hombre, sin embargo, pudiera muy bien subsistir con solo vegetales, de la misma suerte que el animal. La carne, que parece tan análoga á la carne, no es mejor alimento que las semillas ó el pan: lo que constituye el verdadero alimento, el que contribuye á la nutrición, desarrollo, incremento y conservacion del cuerpo, no es aquella materia tosca de que están formados á nuestra vista los tejidos de la carne ó de la yerba, sino mas bien las moléculas orgánicas que una y otra contienen, puesto que el buey con pacer la yerba solamente adquiere tanta carne como el hombre, ó como los demas animales que no se sustentan sino de carne y sangre. La única diferencia real que hay entre estos alimentos es que, en igualdad de volúmen, la carne, el trigo y demas semillas contienen mucho mayor número de moléculas orgánicas que la yerba, las hojas, las raíces y demas partes de las plantas, segun lo tenemos reconocido observando las infusiones de estas diferentes materias; de suerte, que el hombre y todos aquellos animales cuyo estómago é intestinos no tienen la suficiente capacidad para contener un gran volúmen de alimentos, no podrian tomar

toda la yerba necesaria para estraer de ella la cantidad de moléculas orgánicas que exige su nutrición; y he aquí el motivo por el cual tanto el hombre como los demas animales que solo tienen un estómago, solo pueden asimismo sustentarse de carne ó de semillas, que en corto volúmen contienen grandisima cantidad de aquellas moléculas orgánicas nutritivas; al paso que el buey y los demas animales rumiantes, que tienen muchos estómagos y entre ellos uno de mucha capacidad, y que por consiguiente pueden retener gran volúmen de yerba, sacan de ella bastantes moléculas orgánicas para nutrirse, crecer y multiplicar. La calidad del alimento se halla compensada en este caso por la cantidad; pero el fondo es siempre el mismo, de modo que la misma materia, las mismas moléculas orgánicas son las que nutren al hombre, al buey y á los demas animales.

Se me replicará que el caballo solo tiene un estómago y ese bastante pequeño; que el asno, la liebre y otros animales herbívoros tampoco tienen mas de un estómago; y que por consiguiente, bien que esta esplicacion sea verosimil, no por esto es quizás mas verídica ni bien fundada: pero lejos de que estas escepciones aparentes la destruyan, me parece que la confirman por lo contrario; por cuanto, si bien es verdad

que el caballo y el asno solo tienen un estómago, con todo presentan en sus intestinos ciertas bolsas de tanta capacidad, que pueden compararse con la panza ó vientre de los animales rumiantes; y el intestino ciego de las liebres es de tal diámetro y longitud, que equivale, por lo menos, á un segundo estómago. Nada, pues, tiene de particular que puedan estos animales sustentarse de yerbas; y siempre se echará de ver por punto general que el diferente modo de alimentarse depende en los animales de la capacidad absoluta del estómago é intestinos; de modo, que los rumiantes, como el buey, el carnero, el camello, etc., que tienen cuatro estómagos é intestinos de prodigiosa longitud, se mantienen asimismo de yerba, alimento suficiente para ellos; los caballos, los asnos, las liebres, los conejos, los cochinitos de Indias, etc., que solo tienen un estómago, pero cuyo intestino ciego equivale á otro segundo, viven ya de yerba y de semillas; los jabalíes, los erizos, las ardillas, etc., cuyo estómago é intestinos son de menor capacidad, comen por consiguiente poca yerba, y se sustentan de semillas, frutas y raíces; pero los lobos, zorras, tigres, etc. y todos aquellos animales que tienen el estómago y los intestinos de menor capacidad que en los demás relativamente al volúmen de sus

cueros, están precisados para vivir á escoger alimentos mas succulentos y abundantes en moléculas orgánicas, y á sustentarse de carne y de saugre, de semillas y frutas.

Así pues, en esta correlacion física y necesaria, mucho mas que en las lisonjas del apetito, debe de estar fundada la diversidad que se echa de ver en los apetitos de los animales; y ciertamente que si la necesidad no los obligase mucho mas que el gusto, ¿podrian acaso devorar la carne infecta y corrompida con tanta ansia como la fresca y succulenta, ó comerian igualmente de toda especie de carnes? Los perros domésticos, que tienen por lo comun de que escoger, rehusan con bastante constancia ciertas carnes, como las de becada, tordo, cerdo, etc.; al paso que los perros silvestres, los lobos, raposas, etc. comen igualmente la carne de puerco y de becada, la de toda suerte de aves, y hasta las ranas (supuesto que hallamos dos en el estómago de un lobo); y cuando les falta la carne ó el pescado, comen asimismo frutas, granos, uvas, etc., prefiriendo siempre todas aquellas sustancias que en poco volúmen contienen gran cantidad de partes nutritivas, esto es, de moléculas orgánicas á propósito para la nutricion y conservacion del cuerpo.

Si acaso no pareciesen estas pruebas suficien-

tes, fijese la atencion en el modo con que se alimenta al ganado que se quiere engordar. Desde luego se principia por la castracion, la cual suprime la via por donde se pierden con mas abundancia las moléculas orgánicas; y lejos de mantener al buey en los acostumbrados pastos, donde todo su alimento se reducía á yerbas, le dan entonces salvado, grano, nabos, y por decirlo de una vez, alimentos de mas sustancia que la yerba, de suerte, que en muy poco tiempo la cantidad de la carne del animal se acrecienta, los jugos y la gordura abundan, y hacen de una carne bastante dura y seca en sí misma, una vianda jugosa y tan escelente, que viene á ser la base de nuestros mas suntuosos banquetes.

Dedúcese asimismo de lo que acabamos de esponer que el hombre, cuyo estómago é intestinos no son de gran capacidad relativamente al volúmen de su cuerpo, no podria subsistir con solo yerbas; pero con todo, la esperiencia ha demostrado que puede vivir muy bien de pan, legumbres y otras semillas de plantas, supuesto que se conocen naciones enteras y clases de hombres á quienes la religion prohibe comer ninguna cosa que haya tenido vida. Sin embargo, estos ejemplos, bien que apoyados con la autoridad de Pitágoras, y recomendados por

algunos médicos demasiado amantes de la dieta, no me parecen suficientes para convencernos de que pueda contribuir á la salud y á la multiplicacion del género humano el mantenerse solamente de pan y de legumbres, y mucho menos viendo que las gentes del campo, á quienes el lujo de las ciudades y la suntuosidad de nuestras mesas reducen á este método de vida, desfallen y mueren mas temprano que los hombres de la clase media, á quienes es no menos desconocida la inanicion que los escesos (*).

(*) Parécenos que el célebre naturalista que traducimos padece alguna equivocacion con respecto á este particular, supuesto que las gentes del campo, segun es bien notorio, viven mucho mas sanas y robustas por lo comun que los habitantes de las ciudades, en quienes no solamente la intemperancia, sino tambien el aire corrompido de las poblaciones, su método de vida, por arreglado que sea, y sus costumbres hacen mas estragos de los que podria jamás ocasionarles la mas estrecha sobriedad. Seria inútil detenerse en probar una verdad universalmente reconocida; serialo hacer el parangon entre el gallardo morador de los campos, rebosando salud y alegría, y el macilento ciudadano consumido de achaques y tristeza; entre el anciano y pobre labrador, robusto, ágil y de agradable semblante, y el decrepito hacendado, comerciante ó artesano, agobiados